229 530118





PRIMERA PARTE

DE LA RELACION NUEVA DE LISARDO EL Estudiante de Cordova: declarase los lances de amor, miedos, y sobresaltos, que le acaecieron con Doña Teodora natural de Salamanca. Refierese, como haviendo ido una noche á escalar el Convento para sacar á esta Señora, vió su entierro: con otras particularidades.

EScucha, Carlos, mi historia,
si no te enfada el oirla,
por lo extraordinario, y larga,
ó por lo menos prolixa,
y triste en su confusion,
pues ella serà vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Cordova es la Patria mia,
y tierra, donde mis ojos
la primera luz veian.
En esta Ciudad criéme
con las costumbres debidas,
y estilos mas bien versados,
que hay en la Cavallerìa;
y despues que huve estudiado
hasta la Filosofia,
lleguè á la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez, y siete Primaveras,
quando mi Padre sentia, que

que andaba mal divertido,
con que al instante me embia
à estudiar à Salamanca,
fletandome la partida
con dineros, y un Criado,
que llevè en mi compañia;
y dentro de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca, entrè en ella,
descansè; y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde Estudiantes concurren
de toda la Monarquia.
Tres años cursè las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dandole á todo salida,
y con esto en la Ciudad
ya todos me conocian;
adquirì muchos amigos,
de mi propia gerarquia,
y entre estos mi voluntad
solo á uno preferia,
tènia por nombre Claudio,
en amistad tan crecida,
de tú por tú nos hablamos.
Claudio una hermana tenia,
llamada Doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida;
tocòme su amor al alma,
quedando yerto, y sin vida:
desde el punto que la vì,
era una hoguera encendida,
mi pecho un bolcan ardiente;
y aunque me hallaba à la vista
de Teodora, nunca pude
hablarla sino es por cifras;
y ella honesta, y sonrojada
se hacia desentendida,
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos Tias,
que son las que la criaron,
y à su cargo la tenian:
quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia,
de que estaba para Monja
dedicada, y dirigida.
Apenas tan tristes nnevas
adquirí, quando mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
desquadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
ostigado de congoxas;
y en fin, sin norte y sin guia,
hasta que tuve ocasion
por una criada misma
de la casa de Teodora,
que humilde, y compadecida
de mí, se determinó,
por un postigo que havia,
el darme entrada una noche,
de algun interès movida,
me hizo francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armè de valor el miedo,
subì una escalera arriba.
Lleguè al quarto de Teodora,
y à la luz de una buxia
la vide estar inclinada
á un libro donde leia,
tan embebida en extremo
que hasta que la sombra mia
la hizo que recordase,
no sintió quien la impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando extremecida, fuè

fue à hablarme, pero no pudo.
Yo entonces, Señora mia,
ladixe: No os asusteis,
pues vuestro honor no peligra,
pues nunca está mas guardado
que ahora que le cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi dèscargo os diga,
quando miro los temores
cercados de mi osadía,
contemplo tambien los riesgos,
que os ofuscan, y fatigan,
y asi disculpen mi enojo,
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado,
que tanto hacia vos me inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia,
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os haveis hecho, sin dar
señas de correspondida:
y si al entrar Religiosa
vuestra pasion os dedica,
no quiero servir de estorvo,
que en el estado que sigas,
gustoso serè en serviros
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos.
En tanto que le decia
todas estas expresiones,
Teodora bolviendo iba
del susto, terror, y espanto,
al ayre un suspiro afirma;
y deshojando el clavèl
de sus labios, me decia:
Ay, Lisardo! quien pudiera
el dar á tu amor cabida,
sin romper obligaciones
del Voto, que yà me obliga.
Mira mi recogimiento,
mira el favor que me anima,
mira tambien la palabra
que á Dios tengo contraída;
y pues eres entendido,
no me inquietes, vida mia,
para que hemos de engolfarnos,
donde esperanzas no hay vivas,
sino ès de muertos deseos;
y mañana en aquel dia
sabes, que voy à un Convento
con voluntad libre, y final
Galantèa otra hermosura,
que te pague con caricias,
pues de mí no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecía
la dexe sola, y que salga
de casa, porque temia,
no recordase su hermano.
Viendo que razon tenia,
la obedecí luego al punto,
confuso me despedia,
baxo al jardin, siento ruido
de armas, y que decia
una voz: abrid, matadle,
tendí la vista, y veía
en la puerta un embozado;
y al ver que no parecia
la Criada, discurrí
alguna traicion urdida.
Entre confuso, y turbado,
con mi espada prevenida,
salí à la calle de un buelo,
y mi contrario decia:
No es puesto seguro este
para reñir, y partia;
tiré delante, y seguíle,
dispuesto me apercebía,
resuelto á lo que saliere;
y acelerados con prisa fui-

fuí atravesando calles,
y al cabo de ellas havia,
ya fuera de la Ciudad,
unas paredes hundidas,
en sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de dia.
Alli se bolviò y me dixo
con voz profunda, y sentida:
Aqui han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repará bien lo que haces,
y no vivas tan aprisa.
Esto dixo, y al instante,
como sombra obscurecida
desapareció; ya puedes
ver como yo quedarìa,
dexandome tan elado,
que alli acabàra la vida,
y juzgo me halláran muerto,
si con su mente Divína
Dios no me huviera librado:
ó providencia infinita!
qual es la misericordia
de tus entrañas benignas,
pues sin bastarme los brios,
mi cuerpo en tierra caía,
desaliñado el semblante,
interpolada la vista,
angustiado el corazon,
que en los temores la prisa
siempre ha sido perezosa;
mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Todò cubierto de sombras,
con mortales agonias,
de mi posada las puertas
toquè, y de pronto me abria
mi Criado, y conociendo
quan sobresaltado iba,
preguntandome la causa,
lè dì de todo noticia,
por tener de él confianza,
que las penas repetidas,
comunicadas son menos,
si hay quien ayude à sentirlas.
En fin, pasè aquella noche
con desvelo, y à otro dia
Teodora entró en el Convento
con la obstentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto,
pero tu atencion me obliga,
perdoname, amigo Carlos,
mi limitada osadía,
que aqui cesa aquesta historia,
mientras que se fortifica,
y corrobora el discurso,
para que adelante siga
con segunda Relaicon
de otras penas mas crecidas.

F I N.

Con lic. en Malaga : En la Imprenta , y Libreria de D. Felix de Casas, y Martinez , frente el Sto. Cristo de la salud, donde se hallaràn otros muchos Romances.

SEGUNDA PARTE.

Que refiere, cómo Lisardo iba á sacar del convento á Doña Teodora, y viendo hacer sus propias exequias, se retiró á hacer penitencia.

Supuesto que la licencia
me tienes ya concedida,
Cárlos, escucha hasta el fin
lo que una pasion motiva.
Despues que hubo Teodora
logrado tan santa vida,
y estado de religiosa,
ya en la clausura metida,
yo refrené mis pasiones,
modesto anduve unos dias,
disimulando mi pena.
Le hacía algunas visitas,
ya en público ya en secreto;
pero con tal modo iba,
que jamás causé recelo
de las sospechas antiguas.
Cansado ya de aguardar,
mi pasion me precipita,
interponiendo papeles
que á Teodora le escribia.
Cuatro meses se pasaron,
reiterando esta porfía,
hasta que tocó el demonio
el clarin de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dejó á Teodora vencida,
toda embebida en deseos,
toda en celos sumergida,
y otras muchas apariencias
que el demonio la ponia,
y sin poder reportarse,
me llamó y me dijo un dia:
Lisardo mio, ya ha tiempo
que me tienen tan sin vida
un egército de celos,
un tropel de ánsias prolijas,
un lago de pensamientos,
que aunque quiero, no soy mia.
Tan tuya me constituyo,
que si tú te determinas
á sacarme del convento,
sin que el temor lo resista,
sin que el pundonor lo estorbe,
me arrojaré compelida
á los lazos de tu amor,
y hallando en ellos cabida,
tratarémos nuestras bodas,
ofreciéndote la vida,
y mi mano juntamente,
que es el triunfo de mis dichas.
Le respondí: dulce dueño,
amada prenda querida,
no quiero morir creyendo
con el donaire y la risa,
que me quieres engañar.
Teodora me respondia:
no es engaño, no por cierto,
sino que tu cobardía
busca ya desaguadero
para olvidarme. Y aplica
un lienzo blanco á sus ojos,
que rasados los tenia
en lágrimas; y entendido
de que no era fantasía
ni sueño lo que escuchaba,
le dije: Teodora mia,
desde luego me consiento
en hacer cuanto me pidas,

sin que riesgos me acobarden,
aunque perdiera mil vidas.
En fin, trazamos el modo
de que una noche yo habia
de ir á escalar el convento,
y ordenar nuestra partida.
Llegó la aplazada noche,
que no tardó su venida,
me armé lo mejor que pude,
y sin llevar compañía,
tocando el relo las doce,
sin advertir las ruinas
y desdichas que me aguardan,
al monasterio partia.
Llegué á las últimas calles,
donde asombrado me habia
la primera vez, y apenas
llegué, como que sentia
un silencioso ruido
de gente que ya venia
siguiéndome las pisadas.
Pero andando á toda prisa,
alargué el paso, y quedéme
oculto tras de una esquina.
Y al emparejar conmigo
uno, en alta voz decia:
si este es Lisardo, matadle;
muera, muera, repetian.
Moviendo un tropel de espadas,
oigo una voz compasiva,
que decia: ay, que me han muerto!
y luego al punto partian
huyendo los agresores,
y en silencio ensordecida
quedó la calle y quedé,
que el alma se me queria
del susto salir del cuerpo,
y de miedo que tenia;
pues propiamente yo era
aquel á quien muerto habian
á cuchilladas; no obstante,
con la oscuridad que hacia,
eché á andar, y á pocos pasos
ví un muerto, cuyas heridas
estaban vertiendo sangre.
Aquí ser verdad creía
lo que juzgaba era sueño,
que en el sitio aquel habian
de matar á cierto hombre;
y mas cuando precedia
verme en tanta desventura,
con la lengua enmudecida,
con los pies casi travedos,
quise huir y no podia:
cuando miro de repente,
que un grande tumulto iba
acercándose hácia mí.
Dije: si esta es la justicia,
y me halla un muerto entre manos,
por mas qué yo me desista,
me ha de dar muerte afrentosa,
sin tenerla merecida.
Temeroso pues de dar
en semejante ruina,
escapé, Dios sabe cómo;
y yendo á darle noticia
á Teodora de este asombro,
de este aviso que me habia
hecho tragar tantas muertes,
sin tener mas que una vida,
cuando de impensadamente
las campanas se tañian
con tan lúgubres clamores,
que en altas voces publican
la muerte del desdichado.
Y mas novedad me hacía
oir tan general doble
á tal hora, pues indica
ser el muerto un gran sugeto.
Llegaba casi á dar vista
al monasterio, y escucho
que por la calle vecina
se oyen funerales voces
de un entierro que venia.

llegué al cuarto de Teodora,
y á la luz de una bujía
la vide estar inclinada
á un libro donde leía,
tan embebida en estremo,
que hasta que la sombra mia
la hizo que recordase,
no sintió quién lo impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, estremecida,
fue á hablarme, pero no pudo.
Yo entonces, señora mia,
la dije, no os asustéis,
que vuestro honor no peligra,
que nunca está mas guardado
que ahora, que lo cobija
sangre noble; mas no es tiempo
de que mi descargo os diga,
cuando miro los temores
cercados de mi osadía;
contemplo tambien los riesgos
que os ofuscan y fatigan:
y asi disculpe mi arrojo
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado,
que tanto hácia vos me inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os habeis hecho, sin dar
señas de correspondida.
Y si al entrar religiosa
vuestra aficion os dedica,
no quiero servir de estorbo,
que en el estado en que sigas,
seré gustoso en serviros
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos.
En tanto que le decia
todas estas espresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y espanto;
al aire un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus labios, me decia:
¡ay, Lisardo! ¡quién pudiera
á tu amor darle cabida,
sin romper obligaciones
del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira tambien la palabra
que á Dios le tengo ofrecida;
y pues eres entendido,
no inquieres la pasion mia.
¿Para qué hemos de engolfarnos,
donde esperanzas no hay vivas,
sino de muertos deseos?
Y mañana en aquel dia,
sabes que voy á un convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura,
que te pague con caricias:
yo me alegraré que halles
quien á tu afecto se rinda,
quien te llene de favores,
y tus estandartes siga;
que de mí no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecía
la deje sola, y me salga
de la casa, pues sentia
no recordase su hermano.
Viendo que razon tenia,
la obedecí luego al punto:
confuso me despedia;
bajo al jardin, siento ruido
de armas, y que decia
una voz: abrid, matadle.
Tendí la vista, y veía
en la puerta un embozado,
y al ver que no parecia

la criada, presumí
alguna traicion urdida.
Entre confuso y turbado,
con mi espada prevenida
salgo á la calle de un vuelo,
y mi contrario decia:
no es puesto seguro este
para reñir, y partia.
Tiró delante, y seguíle;
dispuesto me apercebia,
resuelto á lo que saliere;
y acelerados con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia,
fuera ya de la ciudad,
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de dia.
Allí se volvió, y me dijo
con voz profunda y sentida:
aquí han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces,
y no vivas tan aprisa.
Esto dijo, y al instante
como sombra oscurecida
desapareció. Ya puedes
ver como yo quedaría,
dejándome tan helado,
que allí acabára la vida,
y juzgo me halláran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
¡O Providencia infinita!
¡cuál es la misericordia
de tus entrañas benignas!
pues sin bastarme los brios,
mi cuerpo en tierra caía,
desaliñado el semblante,
interpolada la vista,
angustiado el corazon,
que en los temores la prisa
siempre ha sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo á la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de sombras,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas
toqué, y de pronto me abria
mi criado, y conociendo
cuán sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le dí noticia
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos,
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin pasé aquella noche
con desvelos: y á otro dia
Teodora entró en el convento
con la ostentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto,
pero tu atencion me obliga:
perdóname, amigo Cárlos,
mi dilatada osadía,
que aquí cesa aquesta historia,
mientras que se fortifica
y corrobora el discurso,
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas mas crecidas.